

gués prusiano del gran elector dejaba ya entonces muy atrás a los demás Estados territoriales alemanes procedentes del mismo origen, como Sajonia, Baviera y los ducados de Brunswick. La grande extension de su territorio, desde Memel hasta Cléveris, exponíale á peligros cada vez mayores, le envolvía en casi todas las grandes cuestiones políticas de Europa y le obligaba á una accion política incesante; y la circunstancia de que este territorio, aun cuando en su mayor parte situado en el interior del continente, tenia tambien su porcion de costa, le aseguraba para el porvenir cada vez mayor autonomia política y económica. Tal era el Estado creado por Federico Guillermo, el cual comenzó á fundar su estabilidad, como ya se había intentado con éxito en otras partes, sobre un vigoroso poder militar y sobre la unidad administrativa, sobre ejércitos permanentes y sobre un cuerpo de empleados inteligentes, poniendo por encima de todo ello su autoridad suprema y absoluta de monarca. El objetivo supremo de este Estado estaba en sí mismo: como todos los demás, perseguía sus fines con el mas completo egoísmo y únicamente los que estudien su política ateniéndose á falsos artificios de interpretacion pueden encontrar en ella el idealismo de una política nacional general practicada con conocimiento de causa y aun con desinterés y abnegacion. Pero sus intereses particulares coincidieron cada vez con mas frecuencia con los de la comunidad nacional, y su grandeza, crecimiento y prosperidad redundaban inconscientemente en bien de toda Alemania; esta es precisamente la característica de este Estado y en ella descansa la magnitud de su destino en la historia alemana y en la del mundo entero.

La importancia nacional del Estado brandeburgués-prusiano no es obra de una predestinacion, sino de una evolucion que tuvo su verdadero punto de partida en el Estado del gran elector.

A la muerte de éste, el Estado brandeburgués tenia señalado de una manera clara é invariable el sitio que debía ocupar en la gran lucha que comenzaba, y los sentimientos de su sucesor, el elector Federico III, resueltamente contrarios á Francia, eran prenda segura de que en el momento oportuno la espada de Brandeburgo estaria donde debía estar. Algunas semanas despues del cambio de gobierno, renovóse la alianza con los Países Bajos (30 de junio de 1688) y en los meses siguientes concertáronse nuevos convenios con el landgrave de Hesse, el elector de Sajonia, el rey de Suecia, Munster, el Palatinado electoral y el círculo westfalo, todos ellos relativos al conflicto con Francia que de un momento á otro había de estallar (1). En los primeros dias de setiembre, pocas semanas antes de la expedicion á Inglaterra, Guillermo III de Orange y el elector Federico celebraron en Minden una entrevista en la cual se tomaron las últimas disposiciones militares: inmediatamente despues fué ocupada Colonia por tropas brandeburguesas para asegurar aquella ciudad de un golpe de mano que era de temer intentaran los franceses, y en los territorios de Cléveris concentróse el cuerpo brandeburgués destinado á guarnecer los Países Bajos.

La empresa de Guillermo de Orange contra Inglaterra debía ser, pues, la señal de la lucha. Habiéndole nacido un hijo en junio de 1688 al rey Jacobo II, y habiendo con esto desaparecido toda probabilidad de arreglar pacíficamente la cuestion inglesa, Holanda apresuró sus preparativos sin hacer ya de ellos ningun misterio. Desde Lóndres decíanle á Guillermo que acudiese allí sin tardanza, que todo aplazamiento constituía un peligro, pues si el rey lograba reunir

(1) Véase Morner: *Tratados internacionales*, pág. 500.

un parlamento complaciente no había esperanza de salvacion para la libertad política y religiosa de Inglaterra.

Sin embargo, no se dió por este lado el primer paso decisivo. El príncipe aplazaba de mes en mes la realizacion de su proyectada empresa, y aunque Luis XIV estaba perfectamente enterado de sus planes, descuidóse de anticiparsele declarando rápidamente la guerra á los Países Bajos, por que creía que el rey Jacobo II era bastante fuerte en Inglaterra para que, en caso de intentarse, la empresa del de Orange tuviera la misma suerte que la de Argyle y Monmouth. El monarca francés tenia fijas las miradas en otro peligro.

Los triunfos alcanzados en Hungría por las armas imperiales inspiraban desde hacia mucho tiempo gran cuidado al rey de Francia.

En 1686 había sido tomada Buda-Pest. Aquella plaza que por espacio de 150 años había sido el principal punto de apoyo de la dominacion turca en Hungría, se rindió despues de un sitio de seis semanas al ejército imperial mandado por el duque Carlos de Lorena y á los contingentes aliados del Imperio, entre los cuales alcanzaron fama especial los bávaros á las órdenes de su elector y del marqués Luis Guillermo de Bade y los brandeburgueses conducidos por Juan Adam de Schonring. Aquel golpe quebrantó profundamente las fuerzas de los turcos. El marqués de Bade, que por vez primera ejercía el mando independiente de un ejército y que como premio de sus victorias fué nombrado mariscal, avanzó durante el otoño hasta el Drau, se apoderó de Funfkirchen, de Kaposvar y de otras plazas, al mismo tiempo que el general Wallis se hacia dueño de la ciudad de Szegedin situada junto al rio Theiss. La Puerta, en vista de estos triunfos de los imperiales, hizo proposiciones de paz que no fueron aceptadas. Nuevas victorias alcanzaron las armas cristianas durante el siguiente año de guerra: en efecto, despues de un período en que por rivalidades de los jefes hubo de dividirse el ejército de operaciones perdiendo con ello en unidad y en fuerza la direccion de la guerra, el día 12 de agosto de 1687, unidos todos nuevamente, consiguieron en la batalla de Mohacz (6 de Nagy Harsany) sobre las tropas del gran visir la victoria decisiva que selló la reconquista de Hungría, y cuya consecuencia inmediata fué la ocupacion de Transilvania. El príncipe Apaffy, á fin de salvar su aparente soberanía, reconoció en seguida la supremacia feudal del emperador como rey de Hungría. Otro cuerpo de ejército avanzó por el Drave sobre Eslavonia y Sirmia; pero en estas regiones los mayores triunfos se obtuvieron en 1688. Habiendo sido el duque de Lorena llamado á otro punto del teatro de la guerra, hízose cargo del ejército imperial que allí estaba destinado Maximiliano Manuel de Baviera. Inauguróse la campaña apoderándose el mariscal conde de Caprara, en 19 de mayo, de Stuhlweisenburgo, la antigua ciudad húngara donde se verificaba la coronacion de los reyes. A principios de agosto, el elector bávaro pudo tras empeñado combate pasar el Save é inmediatamente puso sitio á Belgrado, entonces denominado *Alba Graeca* y por los alemanes *Griechisch-Weissenburg*, que era la llave principal del país húngaro y que hacia casi un siglo que se hallaba en poder de los turcos. Despues de cuatro semanas de vigorosa defensa, fué asaltada la plaza el día 6 de setiembre: la guarnicion hizo desesperada resistencia, y en el campo cristiano los jefes se lanzaban á la pelea en medio de los combatientes. Muchos generales sucumbieron, el elector Maximiliano Manuel y el príncipe Eugenio de Saboya cayeron heridos, y el intrépido conde Enrique Francisco de Starhemberg fué el primero en saltar las posiciones decisivas. Los

defensores de la plaza que quedaron con vida se rindieron á discrecion.

Mientras por aquel lado se conseguía tan brillante victoria, el marqués Luis de Bade, al frente de un pequeño cuerpo de tropas suyas, penetraba en la Bosnia septentrional, apoderábase de un gran número de plazas importantes y en el temerario combate de caballería de Derbend (5 de setiembre) rechazaba victoriosamente á las fuerzas del bajá bosnio, que eran cinco veces superiores á las suyas. El territorio del Sur del Save quedaba felizmente conquistado, y desde esta línea, así como desde Belgrado y Semendria, que tambien había sido tomada, parecia abierto el camino que conducía á los países de los Balkanes. Entretanto el general Veterani había penetrado en la Valaquia, siguiendo el curso del Danubio.

Esta série no interrumpida de victorias debía despertar las mas soberbias esperanzas: en los cinco años transcurridos desde la batalla de Kalenberge se había repuesto el Austria de las pérdidas de dos siglos; y dado el profundo quebrantamiento del poderio turco, era imposible, en sentir de algunos, calcular hasta donde llegaría el avance de las armas imperiales. «Aquí se piensa — decía una carta fechada en Viena — en llevar las conquistas hasta Constantinopla,» y la verdad es que el camino para ello estaba expedito.

La corte austriaca, en tanto, habíase apresurado á consolidar los resultados políticos de la gran conquista llevada á cabo por las armas. Las violentas crueldades cometidas en la Alta Hungría por el brutal y malvado napolitano, general Caraffa, que con las horribles matanzas de su «Tribunal de sangre de Eperies» (1687) se proponía arrancar de raíz la resistencia secreta del protestantismo de aquel país y del partido autonomista nacional de los kuruzzes, fueron funesto comienzo de la toma de posesion de Hungría por los Habsburgos. Que estas crueldades fuesen autorizadas desde Viena, es difícil demostrarlo, antes bien el emperador mandó poner término á ellas, aunque demasiado tarde, suprimir el terrible tribunal y dar satisfaccion, á lo menos en parte, por las injusticias cometidas, lo cual, sin embargo, no fué óbice para que Caraffa continuara impune en el desempeño de su cargo y en el disfrute de sus honores.

La dieta de Pressburgo, convocada en octubre de 1687 por el emperador, el cual asistió personalmente á ella acompañado de sus dos jóvenes hijos José y Carlos, decretó las reformas mas decisivas. Los acuerdos de aquella asamblea, que el gobierno del emperador podía ahora dictar sin consideracion alguna, aun enfrente de la mas enérgica resistencia, inauguraron una nueva época en la historia de Hungría y de sus relaciones con la monarquía austriaca. La sucesion hereditaria al trono de San Esteban dentro de la rama masculina de los Habsburgos, inclusa la línea española, fué elevada á acuerdo solemne, y en 8 de diciembre de 1687 el archiduque José fué solemnemente coronado, siendo el primer rey hereditario de Hungría de la casa de Habsburgo, en virtud del derecho recientemente adquirido. Los derechos políticos de la nobleza húngara fueron formalmente ratificados, á pesar de que por el derecho de la guerra y de conquista habían caducado, como decía la proposicion que el emperador presentó á la dieta. Uno solo de los paladines de la antigua libertad de la nobleza húngara fué considerado incompatible con la monarquía hereditaria recientemente creada, á saber, el artículo de la Bula de oro del rey Andrés II (1222) que concedía á los nobles el derecho de resistencia armada contra los actos de la corona contrarios á los tratados. Este derecho fué abolido; en cambio el emperador, á pesar de la tenaz resistencia de los obispos húngaros, reiteró la prome-

sa, hecha ya en la dieta de Odenburgo de 1681, de tolerar dentro de ciertos límites la religion protestante.

En realidad habíase, pues, creado en Hungría un nuevo reino. Al lado de estos incommensurables engrandecimientos territoriales debidos á la ambicion conquistadora, ¿qué significaban las adquisiciones realizadas por Luis XIV á costa de sus vecinos? El monarca francés vió que Austria le aventajaba en este concepto, y en su consecuencia se declaró amenazado. El emperador y el Imperio persistían en su negativa de convertir en paz definitiva el armisticio de veinte años y de otorgar al rey de Francia la propiedad perpétua del botin de las reuniones; pero Luis XIV, á pesar de no haber transcurrido mas que los cuatro primeros años del armisticio, exigía del Imperio como derecho indiscutible la nueva humillacion de una paz que le permitiera disfrutar tranquilamente del fruto de sus conquistas, y exigía esta paz con el Imperio antes de que éste la firmara con los turcos para asegurarse contra el peligro de que el emperador, libre ya de la guerra de Turquía, se revolviera contra él, aliado con todos los enemigos de Francia.

El haberse los alemanes negado á tal exigencia fué indudablemente una de las principales razones que indujeron á Luis XIV á comenzar una nueva guerra; pero no fué la única, pues el monarca francés estaba tambien decidido á no ceder en la cuestion de la eleccion de Colonia y á sostener los derechos de Furstenberg, á pesar de la oposicion del Papa y del Imperio. Asimismo pensaba seguir defendiendo las pretensiones del de Orleans á la sucesion del Palatinado. Además la guerra en el Rhin era, á su juicio, el medio mas eficaz para dar algun respiro á la Puerta, tan próxima á la ruina, y evitar de este modo que firmara á toda prisa la paz con el emperador. Finalmente abrigaba la esperanza de que el horror que despertaría la idea de una nueva guerra francesa ejercería en el Imperio una influencia demoleadora, por virtud de la cual se disolverían los nuevos partidos que empezaban á formarse, y los elementos vacilantes — téngase en cuenta que los franceses aun no desesperaban de la amistad de Baviera — se apresurarían á llegar á una inteligencia con Francia. Luis XIV, al comenzar la guerra de 1688, no creía que durase los diez años que duró. Algunas cuestiones interiores de la monarquía francesa aconsejaban aplazar aquella lucha, y Luis XIV vaciló algun tiempo antes de resolverse; pero Francia estaba preparada y se encontraba enfrente del Imperio poco menos que desarmado, pues que tenia ocupadas sus mejores fuerzas en Hungría. La imperiosa energía del ministro Louvois hizo decidir á Luis XIV, en la esperanza de que con pocos golpes rápidamente asestados se obligaría al Imperio á firmar una paz que diera á Francia la satisfaccion deseada, fortaleciera su posicion dominante y aun permitiera un nuevo ensanche de sus fronteras.

De las hipótesis bajo las cuales comenzó la política francesa esta guerra, la mayoría de ellas, y ciertamente las más importantes, no se realizaron. En Inglaterra, el divorcio completo entre toda la nacion y Jacobo II facilitó el éxito rápido de la empresa de Guillermo III de Orange, el cual se apoderó del Estado inglés y dirigió inmediatamente las fuerzas del mismo Estado contra Luis XIV. En Alemania, ni el hecho de una nueva guerra francesa ni el recurso terrorífico de la cruel devastacion de los territorios del Rhin produjeron la impresion esperada, pues en las dos últimas décadas habíase verificado en el Imperio un cambio favorable á la causa alemana. ¿Dónde estaban aquellos sumisos clientes alemanes de los tiempos de la confederacion del Rhin, de la guerra de devolucion y de la invasion de Holanda? Indudablemente se había aumentado la altivez política de aquella nacion,

de aquella raza un día sometida al genio, pero también á todos los errores de la civilización francesa. El éxito extraordinario que las fuerzas alemanas reunidas habían conseguido sobre los turcos ejerció vivificadora influencia en los círculos imperiales: brandeburgueses y sajones, brunswickenses y hessenses, franconios y suabios habían luchado allí en unión de los imperiales y adquirido el convencimiento de cuán grande era el poder de sus armas. ¡Qué hermosa lista de brillantes victorias en el Norte podía presentar el bisoño ejército brandeburgués! Enfrente de los nombres de los más famosos mariscales franceses podía ostentar Alemania los de generales como Carlos de Lorena, Maximiliano Manuel de Baviera, el brandeburgués Derfflinger, Luis de Bade y tantos otros. El Imperio podía pensar ya en hacer frente á Francia, y así sucedió entonces lo que hacia mucho tiempo no había ocurrido, á saber: que comenzara una guerra francesa en la cual ningún príncipe imperial alemán estuviera al lado del enemigo (1).

(1) Leibniz en una carta fechada en Viena en 10 de octubre de 1688 decía: «No habiendo estado nunca Alemania tan bien unida como lo está ahora y sintiéndose la Europa entera resentida contra Francia, á excepción de los reyes de Inglaterra y Dinamarca, no es aventurado esperar un cambio, con tal que las cosas se hagan bien y se corrijan las faltas de la guerra pasada.» (W. W. ed. O. Klopp, t. V, página 499.)

## LIBRO QUINTO

### CAPÍTULO PRIMERO

#### LOS AÑOS DE GUERRA DE 1688 Y 1689

Nuestra narración entra en un período agitado: durante más de veinticinco años, desde el día del otoño de 1688, en que las columnas francesas atravesaron el Rin, Europa apenas gozó de un corto intervalo de paz. El Occidente y el Mediodía, el Norte y el Este del continente vieronse combatidos por las más violentas conmociones, y en ninguna de éstas dejó de tomar Alemania parte activa ó pasiva. Disipada aquella tormenta, la situación de las potencias europeas se encontró profundamente modificada, y no era posible que el pueblo alemán, en lo que á su vida política atañía, se eximiera de aquella modificación. Adondequiera que tendiese la vista, Alemania se veía rodeada, en los puntos más importantes, de nuevas situaciones; pero no era esto solo, sino que además en su propia vida interior una nueva fuerza vital animaba las antiguas formas y luchaban por abrirse á la luz los gérmenes de una nueva era.

La guerra que en 1688 comenzó Luis XIV y que terminó á los nueve años con la paz de Ryswick, inicia esta época tan fecunda en luchas.

No fué uno solo, como han pretendido hasta ahora los historiadores, el motivo que impulsó al monarca francés á empuñar las armas, sino que esta determinación se debió á un conjunto complicado de causas, contribuyendo á ella

Los Países Bajos y la libertada Inglaterra aceptaron seriamente la guerra contra Francia; España se adhirió á ella; la curia romana se mostró francamente inclinada á la coalición antifrancesa y no era de temer que ninguna nación del Norte interviniera en la lucha poniéndose al lado de Francia: todas estas circunstancias reunidas crearon una situación política en la que el emperador se creyó con elementos bastantes para aventurarse á llevar adelante dos guerras, contra los turcos y contra los franceses, prosiguiendo la una y empujando la otra, en lo cual contrarió los deseos de los aliados alemanes y de las dos potencias marítimas, que querían firmar á toda prisa la paz con la Puerta y dirigir todas sus fuerzas contra Francia, y aun los de un numeroso partido que se había formado en la corte de Viena (2). A pesar de esto, su resolución fué valiente y quizás la que mejor correspondía á los verdaderos intereses del Estado austriaco.

La cuestión estaba en saber cómo se cumpliría misión tan difícil. En Viena se alentaban las más halagüeñas esperanzas y en el manifiesto de guerra del emperador se decía: «El turco, infractor de los antiguos tratados, ha sido humillado; del mismo modo sabremos derrotar á Francia, la violadora de los tratados modernos.»

(2) Véase Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya*, tomo I, página 37.

por un lado grandes planes de conquista y por otro temores de peligros reales ó imaginarios. La restauración del poder imperial en Hungría fué considerada en París como una amenaza que, aunque remota, podía convertirse en próxima de un momento á otro, con solo que se firmara la paz con los turcos; la negativa, así del emperador como del Imperio, á firmar una paz definitiva, en vez de un armisticio por veinte años, pareció una protesta permanente contra las Reuniones; la liga de Augsburgo, la desertión de los aliados alemanes de Francia, el curso de la contienda de Colonia, la oposición de la Dieta á tratar de la cuestión de la sucesión del Palatinado, eran, á los ojos de la política francesa, otros tantos indicios de independencia y otros tantos síntomas de una resistencia contra la autoridad exigida y tradicional, que necesariamente debían ser atajados antes de que se convirtieran en grave peligro. Uníase á estos hechos otras consideraciones de trascendencia europea, tales como ver á Suecia en el bando enemigo, á Polonia en alianza con el emperador, al Papa en hostil antagonismo con la corona francesa y al sospechoso Guillermo de Orange fraguando planes contra Inglaterra sin recatarse ya de ello. La política de Luis XIV había atraído sobre sí en Europa una poderosa fuerza de sentimientos, deseos y proyectos hostiles, y aun el mismo rey de Inglaterra, Jacobo II, estaba muy lejos de confiar ciegamente, como su predecesor Carlos II, en la alianza francesa. Solo los ejércitos otomanos que luchaban en el lejano Oriente podían ser considerados como aliados de Francia, y éstos sufrían derrota tras derrota.

En tales circunstancias decidióse Luis XIV á emprender la guerra que la fuerza misma de las cosas le imponía. Ni sus recursos militares ni el estado de su hacienda le permitían sostener una gran lucha; pero la verdad es que no creía que á tal extremo se llegara, pues estaba convencido de que una campaña en el Rin rápidamente comenzada y con energía proseguida bastaría para destruir de un solo golpe todo el tejido de coaliciones no consumadas y de planes hostiles apenas esbozados que con tan gran cuidado le tenía. Provocando al emperador, conseguiría librar á los turcos de la apurada situación en que se encontraban, poner en la sede arzobispal de Colonia á su protegido Furstenberg y obligar al Imperio, por medio de la sorpresa y del terror, á firmar una paz pronta y humillante, con lo cual Francia robustecería su consideración, en aquel momento muy comprometida; y una vez asegurada su situación por la paz con el Imperio, podría hacer que todo el mundo reconociera y acatará de nuevo su antigua superioridad.

La política francesa, por muy aislada que entonces estuviera, sentíase con fuerzas para acometer tamaña empresa, y el ministro Louvois, confiando ciegamente en la organización militar por él creada y dirigida y que conceptuaba irresistible, inclinó el ánimo vacilante de Luis XIV á emprender una nueva guerra cuyo término él no había de ver.

Si bien era cierto que Luis XIV no estaba suficientemente apercebido para una lucha larga y reñida, sus aprestos eran bastantes para permitirle intentar con seguras esperanzas de éxito favorable una invasión repentina en los casi indefensos territorios imperiales del Rin, que, á pesar de tantos años de negociaciones, de tantas alianzas pactadas y de tantos planes bélicos concebidos, se encontraban poco menos que indefensos, pues la mayor parte de las fuerzas militares de que podía disponer la alta Alemania habían ido á engrosar el ejército del Imperio en Hungría. Nada había allí preparado para resistir un ataque de parte de Francia, tanto menos cuanto que Louvois supo adoptar sus disposiciones con la más absoluta reserva.

La guerra estaba decidida y el plan acordado desde fines de agosto de 1688. El día 20 de setiembre recibióse en Versalles la noticia de la toma de Belgrado por el elector Maximiliano Manuel de Baviera: dos días después un correo del emperador entregaba al rey cristianísimo una carta dándole cuenta de aquella importante victoria de las armas cristianas, y aquel mismo día Luis XIV dió orden al Delfín, á quien se confirió el mando de honor de aquella campaña, para que en el término de tres días se reuniera con el ejército (1). Simultáneamente se publicó el manifiesto real (24 de setiembre) en el que se exponían nuevamente con hábil dialéctica y temeraria arrogancia todos los agravios recibidos del emperador y del Imperio, y se decía como la cosa más natural del mundo que el rey conquistaría la plaza de Philippsburgo, que era una amenaza para Francia, pero que estaba dispuesto á restituirla una vez destruidas sus fortificaciones; que devolvería al emperador la de Friburgo, que él mismo había hecho inexpugnable, después de haberla demantelado, bajo la condición de que nunca volvería á ser fortificada, y que estaba dispuesto á ofrecer su mediación en el asunto de los derechos de sucesión de los Orleans al Palatinado para que con intervención del rey de Inglaterra y de la república de Venecia se estipulara una indemnización

(1) De Sourches, *Memoires*, tomo II, pág. 229. En realidad todo estaba dispuesto de antemano minuciosamente, incluso el viaje del Delfín: en una carta de 17 de setiembre, es decir, antes de saberse la toma de Belgrado, dirigida á Duras, Louvois designa el día 25 del propio mes como el señalado para la marcha del Delfín. (*Recueil de lettres*, párrafo quinto, pág. 7.)

en dinero; todo esto, sin embargo, solo para el caso en que hasta enero de 1689 se firmara entre Francia y el imperio alemán una paz definitiva basada en las estipulaciones del armisticio de Ratisbona de 15 de agosto de 1684 (2).

Este manifiesto era una declaración de guerra á Alemania. Entre los citados agravios había uno cuyo remedio no estaba solo en manos del emperador y de la Dieta. Luis XIV exigía como condición para la paz que el Papa confirmara la elección de elector de Colonia en favor de Furstenberg, ofreciéndose por su parte á influir para que se diera una satisfacción adecuada al pretendiente bávaro, el príncipe José Clemente. Con esto el monarca francés usurpaba directamente las atribuciones de la Santa Sede, no vacilando en llevar en este punto las cosas hasta el último extremo, y convirtiendo así en abierto conflicto la contienda que con el romano pontífice sostenía por esta cuestión y por otras, también importantes, concernientes á la administración eclesiástica interior de Francia. Luis XIV, fundándose en la nueva teoría de los concilios, sancionada ya en 1682, anunció formalmente, en los mismos días en que se declaró la guerra á Alemania, la apelación de la corona francesa para ante un futuro concilio general. El alto clero francés reunido en París aprobó la decisión del rey; la Universidad parisiense se declaró enérgicamente contraria á las medidas adoptadas por la curia romana y recordó los acuerdos fundamentales del concilio de Constanza acerca de la superioridad que sobre el Papa tenía la asamblea eclesiástica general (3), y mientras en el Rin los ejércitos franceses rompían las hostilidades, Luis XIV mandó ocupar la ciudad pontificia de Aviñon y expulsar de ella al legado del Papa.

De modo que el soberano francés desafiaba á la vez al emperador y al pontífice romano.

En esta obra solo hemos de seguir el curso de las luchas con Alemania (4).

Merced á la situación de las cosas, la invasión francesa de 1688 en Alemania fué en un principio mucho más fácil que la realizada en Holanda en 1672. Los cuerpos de ejército franceses pusieron en movimiento en la última semana de setiembre, y el primer golpe de mano fué dirigido contra Philippsburgo, la tan disputada fortaleza alemana, considerada como constante amenaza de la frontera francesa en un sitio débilmente protegido. El mariscal Duras con el grueso del ejército, en el cual se encontraban el Delfín y, lo que era más importante, el mismo Vauban, tenía la misión de apoderarse de aquella plaza, al propio tiempo que otras divisiones mandadas por los generales Boufflers y d'Huxelles avanzaban por el Palatinado y por la diócesis de Spira. No hallando estas fuerzas en parte alguna formal resistencia, se apoderaron en breve plazo de Kaiserslautern, Alzei, Bingen, Neustadt y Oppenheim, así como de Worms y de Spira, que apenas se defendieron. Aquella triunfal carrera prosiguió sin grandes esfuerzos su serie de conquistas. El elector Anselmo de Maguncia, no atreviéndose á defender las excelentes fortificaciones construidas por su predecesor Juan Felipe, capituló y aceptó una guarnición francesa; su colega, el elector Juan de Tréveris, mostróse más resuelto, sufrió el bombar-

(2) El manifiesto de 24 de setiembre ha sido impreso varias veces: véase *Theatrum Europ.*, tomo XIII, pág. 307; Dumont, *Corps diplom.*, tomo VII, pág. 170; Pachner v. Eggenstorff, tomo II, pág. 632, y recientemente De Sourches, tomo II, pág. 397, y otros.

(3) Extracto de los archivos de la Universidad de París, de 8 de octubre de 1688, inserto en De Sourches, tomo II, pág. 418.

(4) Para lo que sigue véase especialmente la importante correspondencia militar francesa publicada por P. Griffet: *Recueil de lettres pour servir d'éclaircissement á l'histoire militaire de regne de Louis XIV* (en La Haya, 1760), colección rara en ocho tomos, de la cual existe un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Heidelberg.